

Encontrarse en la palabra

Seudónimo: Hachette

La escritura es el recomienzo de esas trazas, de esa marca inicial de la ausencia, de la desaparición de una presencia.

Vida y muerte en la escritura, Edmundo Gómez Mango

Desde el exterior, encorchado de ladrillo y hermetismo, aseverando tantas cosas con la muda presencia del portón, el centro penitenciario recibe a la mañana recién compuesta y al visitante con la rutina de quien se sabe al margen de los calendarios. Yo, empequeñecida, repasando una lista de hiperónimos que memoricé a los once años y que posee la singular virtud de tranquilizarme ya cumplidos los cincuenta, me detengo y, durante un instante, concentro la atención en la puntera de mis zapatos.

—Pájaro es hiperónimo de jilguero y de gorrión —bisbiseo, pudibunda, si bien la explanada se muestra solitaria.

Mi corazón flamea al compás de una pareja de banderas aupadas a sendos mástiles, aunque la inquietud y la brisa madrugadora plantean una tregua y acaban todos por serenarse.

Reprimo la apetencia de encender un cigarrillo y opto por telefonar a B, a quien conocí hace unos meses. Ella ejercía de presidenta en un certamen provincial de relato y yo, lidiando con el síndrome del nido vacío después de acomodar a un adolescente desgarrado en una residencia universitaria al otro extremo del país, trataba de sacar lustre a una licenciatura en Lengua y Literatura y redescubría un amor pretérito por la prosa de ficción. Exultante, un tanto embriagada, tras recibir un diploma y la ovación de la escasa concurrencia en el salón de plenos municipal, acepté sin reparos su propuesta de impartir un taller de escritura creativa en una cárcel de mujeres.

La voz de B en la embocadura de mi oído adquiere la condición de un encantamiento; el embeleso que produce su tono de matriarca sapiente me reconforta.

—No se trata de descubrir a una Emily Brontë tras los barrotes. Buscamos que, al querer contar, se conviertan en lectoras —me recuerda—. Puedes hacerlo —insiste.

Agradezco genuinamente su confianza y me despido. Una nube solitaria ha decidido aventurarse en el añil inexplorado por sobre mi cabeza.

Pienso que soy una nube. Eso me digo.

Me adentro en las instalaciones del centro con la determinación de un cúmulo que surca un cielo extraño y remoto.

C, una funcionaria de prisiones, me habla a través de sus ojos gatunos y de sus labios finísimos. Narra cien historias en el breve tiempo que compartimos, acortando la largura de un pasillo con paso ligero. La vida en la prisión comprende una mixtura de congoja, desarraigo, sororidad y esperanza. Quiero seguir leyendo de sus palabras pero las protagonistas de esas crónicas de acedo y chipé me aguardan.

Quiero escuchar sus propias voces.

Soy una nube y quiero surcar sus propias palabras.

El aula está aromada de recelo y curiosidad, a partes iguales. Una decena de mujeres juguetean con su pelo, observan el techo esperando, quizá, discernir la efigie de una virgen o de un querubín embracilado o alguna señal que ilumine su derrota, o garabatean en sus cuadernos. Imagino que su vida se asemeja un tanto a las hojas cuadriculadas de un bloc y que agradecen subvertir la rutina de tangentes siquiera con el suave y anárquico discurrir del carboncillo en el papel.

Intercambiamos saludos, nombres, allá surge una sonrisa espontánea que esclarece el momento pese a la ausencia de varios premolares. Describo las estructuras narrativas más comunes y les explico por qué en los personajes subyace el alma de las historias y que algunos han logrado trascender las páginas que los albergaron para erigirse en símbolos o se han elevado por encima de sus creadores: Don Quijote, Emma Bovary, Sherlock Holmes.

Z, una reclusa de piel achocolatada, se lleva las manos a la coronilla con un histrionismo de teatro filmado. Se siente abrumada por conceptos que cascabelean en el desacostumbrado ropero de su cráneo: elipsis, autoficción, isotopía. Entiendo que mi exposición anda cerca de colmar un vaso de vidrio muy frágil y que debo cederles el protagonismo.

Les pido que hablen, que arranquen el robín de los mecanismos de la fabulación, y que escriban.

Las reclusas no son propensas a la fantasía. Las historias que pergeñan parten de excusas mínimas, cotidianas para muchos, que les resultan menos improbables que la Cólquida y el vellocino de oro.

H, que recoge su cabello de plata en un moño y achina los ojos al ir atando una palabra con otra, describe la terraza de un bar del extrarradio y las volutas que principian de un café con leche recién servido y que con eso sueña para su primer permiso en cinco años.

M es una muñequita de porcelana, de piel nívea y cabello zaino de bucles gruesos, que lee con la cadencia particular de las mareas: la pena llega con la bajamar, cuando narra las palizas con que su marido la obsequiaba ora sí, ora también en el desamparo de una chabola; luego, con el ascenso del mar, irrumpe un párrafo de felicidad en la costa al precisar a qué olía su niño la primera vez que lo sostuvo —*a todo lo bueno del mundo*—

.

P, somnolienta durante gran parte de la sesión por la medicación que le dispensan para controlar *los arrebatos*, como los llama, despabila ante la hoja en blanco como un cabritillo frente a un lobo; su relato es una crónica de las noches en su celda y de todo aquello que se presenta en la forma de una sombra: su madre, su hermana menor, el quiosquero del barrio que le vendía regaliz a veinticinco pesetas y un algo amorfo que la invita a morderse las muñecas y a dejarse ir.

T escribe con un lirismo desmesurado; cada minúscula partícula en sus pestañas, en su aliento, exuda poesía: el luto de sus mayores tendido en la terraza y la cerámica resquebrajada de una vajilla heredada le sirven para ahondar en lo que siente y no suele compartir con nadie.

Me descubro con las tripas anudadas, la garganta encorchetada. Ellas advierten mi silencio, lo interpretan, a su manera.

—Es que estamos *mu perdías*, profe —apunta T, quitándole hierro al ahora, al después, a lo que fue y a lo que será.

Acabo mi trabajo, les doy las gracias, las felicito, las animo a leer citando a un sinnfín de autores, les suplico que no cejen —*¿en el empeño de escribir? ¿En el empeño de vivir?*— y me marchó.

La funcionaria de mirada felina me reconduce de nuevo por un corredor demasiado breve para dar cabida a demasiadas historias. Reconoce mi aflicción, un perdigonazo en una parte sensible del material que nos hace humanos.

En el exterior, la quietud de la explanada me devuelve a mi rutina, con la salvedad de paladear la libertad de un modo insólito y antes desapercibido. La nube solitaria sigue enrocada en el añil sobre la cárcel, puede que estancada por las mismas fuerzas que torcieron el camino de las mujeres en su interior.

Mujeres que se dicen perdidas.

Ojalá puedan, al menos, encontrarse en la palabra.